

OTRAS RAZONES

CUATRO LOGOTIPOS DE PRENSA

La cabecera de un periódico nunca es tan inocente como una marca comercial. Al comenzar su andadura, puede parecer algo puramente convencional, desprovisto de ideología y obediente a sus virtudes de reclamo, como banderín de enganche en la lucha empresarial por la clientela. Pero al poco tiempo resulta que la mejor definición del periódico es la proclamada en su cabecera. Aunque para bien entenderla haya de alterarse el orden de los factores componentes del logotipo. En lugar de poner el «logos» antes del tipo, lo que predomina sobre la razón que lo ampara es el tipo de periodismo practicado bajo ella. Las logotipias de prensa se transforman en tipologías de periodismo.

El logotipo «ABC», en 1905, anunciaba un propósito cultural: la alfabetización de una España inculta y deprimida que necesitaba tomar conciencia de sí misma y de su dimensión en el mundo, tras la crisis del 98. Por encima de los avatares de su existencia y de su fuerte ideología conservadora, el «ABC» sigue teniendo un propósito cultural, antes que de poder político, lo cual es digno de admiración. Pero el propósito congénito a su logotipo ha sido traducido, por su práctica periodística, en una expresión abierta a la modernidad en cultura literaria y artística, y cerrada a la vez al pensamiento crítico en cultura política. El nacionalismo cultural de su logotipo derivó hacia el patriotismo institucional de su tipología periodística.

El logotipo «El País», creado tras la muerte de Franco, encerraba el propósito editorial de romper la escandalosa dicotomía entre país real y país oficial, que desde los tiempos de Larra venía siendo la fuente incesante de donde manaban la incultura nacional y la inconsciencia pública. Por encima de los desorbitados afanes de lucro junto al poder y de su flaquante ideología posmoderna, «El País» sigue expresando una ideal armonía de lo real con lo oficial, lo cual es pura fantasía del consenso, pero su práctica informativa identificó la España real con la voluntad de poder de un partido, y la verdad cultural, con la opinión oficiosa de unos intelectuales de oficio. El propósito de su logotipo devino así en el actual sectarismo de su tipología periodística.

El logotipo «El Mundo» en sí mismo, prurantemente convencional, nació hace pocos años con el propósito editorial de sacar a la luz lo que los demás periódicos callaban o publicaban con sordina: la corrupción general y los Crímenes de Estado del inaudito sistema de gobierno montado por Felipe González y el aparato dirigente del partido socialista. Colaboré asiduamente en ese periódico, hasta que el mismo día de la derrota electoral del «felipismo» se destapó la ambición editorial de convertirlo, bajo el gobierno de Aznar en lo que «El País» había llegado a ser al calor del gobierno socialista. La neutralidad de su logotipo no podía ya ocultar la parcialidad de su tipología periodística. A pesar del sabio decoro de seguir manteniendo en su órbita a unos talentos independientes como el ejemplar de Gabriel Albiac.

¿Cuál será la tipología periodística que se desarrolle bajo el prisma de objetividad



del logotipos LA RAZÓN? El editor dice: «respeto a las instituciones y la Constitución, libertad completa de información y de opinión, con la independencia y ausencia de compromisos secretos de

quien no está en la lucha por el poder político». Traducido en términos concretos, esto significa en mi opinión: defensa de la unidad nacional y la Monarquía, como ABC; liberalismo económico, como los demás periódicos; liberalismo cultural, como ningún otro diario; y frente al viejo sectarismo de «El País» y al nuevo de «El Mundo», liberalismo político. O sea, una Razon liberal situada al margen izquierdo de la Razon conservadora de ABC, entre las dos Razones oportunistas de poder partidista encarnadas en el pseudo progresismo de «El País» y el pseudo reformismo político de «El Mundo». Por esa causa liberal de LA RAZÓN, aquí estará también presente la Razon democrática. Cosa que no pudo aguantar el endiosado creador de «El Mundo», cuando acabó la demerurgia felipista.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL CORAZÓN DE LA RAZÓN

Al final de la pasada década, cuando ya faltaban pocos pedacitos para alcanzar la cima del siglo XX, se celebraba en Francia con todo boato y grandeza el bicentenario de los derechos de la Revolución Francesa. Ese fruto del Siglo de las Luces, esa primera cristalización de la Era de la Razon, que dejó grabadas en el frontispicio de la nueva Historia los postulados de «libertad, igualdad y fraternidad».

El élan vital emanado de aquel acontecimiento fue impulsando, a lo largo de los dos siglos siguientes, los progresos humanos en el terreno de los derechos, rescatando e imponiendo las ideas de libertad e igualdad entre los hombres y los pueblos. Se inició un camino hacia la progresiva identificación, autodeterminación e independencia de los pueblos. Se rescató al individuo de la anemia política, concitando su participación en los asuntos generales a través del voto y de la integración y actuación en los partidos políticos. De manera que, a estas alturas de la Historia, se podría coincidir en que los postulados de aquella Revolución se han alcanzado en parte. Y digo en parte no porque piense que el camino de la realización de los derechos es prácticamente



interminable, sino porque hay una parte de la Revolución que ha quedado un tanto escondida y silenciada. Me refiero a la idea de la «fraternidad».

Sería difícil hacer coincidir el concepto de fraternidad que anidaba en la mente de aque-

los inquietos políticos del siglo XVIII con el concepto de fraternidad que puedan tener hoy los habitantes de este planeta.

Habría que empezar por que en la sociedad actual el término fraternidad se puede entender sustituido por el de solidaridad, mucho más al uso y mucho más socorrido para cubrir múltiples situaciones o llamadas al auxilio entre los hombres.

Sin embargo, creo que sería bueno rescatar la idea de la fraternidad, como la asignatura pendiente de la Humanidad que ya hace dos siglos quiso despojarse, mediante la razón, de las atávicas ataduras de la obediencia ciega, de los privilegios de clase, y de los egoísmos marginantes. Sería bueno, dentro de esa lógica temporal, que cosmología y culturalmente nos condiciona, asignar al siglo XXI el augur del «siglo de la fraternidad». Es cierto que no se ha terminado la tarea de estos siglos pasados de fomento de la libertad y la igualdad. Pero estoy seguro de que esa tarea se acelerará y se perfeccionará en el momento en que en nuestro planeta vaya tomando asiento un clima nuevo de fraternidad.

Y no se trata de una prédica religiosa o de una proclama demagógica. La fraternidad que reclamo fue fruto, y puede seguir siendo fruto, de la razón humana. Una razón que piensa, pero que a la vez «siente», una razón que se encuentra a sí misma y se desarrolla en el campo de la intersubjetividad. Una razón que descubre que mi realidad humana no sería tal sin la existencia y concurrencia del «otro». El cartesiano «pienso, luego existo» hay que transformarlo en un «pienso, luego existes». Mi pensamiento va dirigido necesariamente a ti. Porque sin la referencia al «otro», el pensamiento humano se bloquearía y se tornaría inmediatamente caduco, estéril, sin destinatario.

Algo así puede estar sucediendo a este Occidente-Norte, satisfecho pero desasosgado, preso de sus contradicciones políticas y económicas e incapaz de mirar hacia abajo, hacia el Sur de los «otros». El desarrollo económico, cultural y político de los países pobres del Sur está demandando ese diálogo de fraternidad que permita el flujo hacia arriba del capital humano (inmigración) y el flujo hacia abajo del capital económico (inversiones). La razón de la fraternidad no es la razón de la compasión ante las miserias de los pobres, sino que debe ser la razón de la justicia distributiva que remueve los muros del egoísmo y del cálculo predictivo. Decían estos días pasados los astronautas del transbordador Discovery que desde la perspectiva bella y limpia de la estratosfera no se ven en el Planeta Tierra fronteras de ningún tipo. Tampoco la razón humana debe ponerlas. Es difícil pensar sin compartir. Y pensar y mirar a la vez hacia otro lado, siempre ha sido estar distraído.

Si racionalizar es llenar la vida de razón va siendo hora de que la razón entre en la organización global del Planeta. Una razón global para un problema global. Pero siempre razón, razón humana, razón de fraternidad.

Antonio GARCÍA PAREDES

¿QUIÉN TEME A LA AVT?

La buena de Cristina Cuesta, hija de una víctima de ETA y que pertenece a una pequeña, pequeñísima, (lo que no le quita mérito) asociación pacifista del País Vasco llamada Denon Artea, ha arremetido contra la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT) y ha convocado por su cuenta una reunión de afectados por los crímenes de ETA y de los GAL para, según dice, trasladar al Gobierno la auténtica opinión de las víctimas sobre el «alto al fuego» de la banda criminal.

Pero a Juan Bravo le cuentan que tan encomiable iniciativa responde sobre todo a una rabietta por no haber sido convocada a una reunión que la AVT celebró hace días en el País Vasco. Hasta el Ministerio del Interior intervi-

no para que se le invitara, pero no lo hicieron porque a sus reuniones acuden las víctimas y ella, como tal, podía haber ido, pero no otras asociaciones por pacifistas que sean.

Hasta aquí, la anécdota. Pero lo que preocupa en los ambientes que ha consultado Juan Bravo es la intervención de Interior, aunque yo la considero normal. Lo que sucede es que se une a presiones sutiles que los dirigentes de la asociación reciben en estos días de reconciliación y perdón. Y nunca mejor dicho, porque algunas de estas presiones han venido de un purpurado de la Iglesia. La AVT sabe que muchos temen que reaccione.

Juan BRAVO

